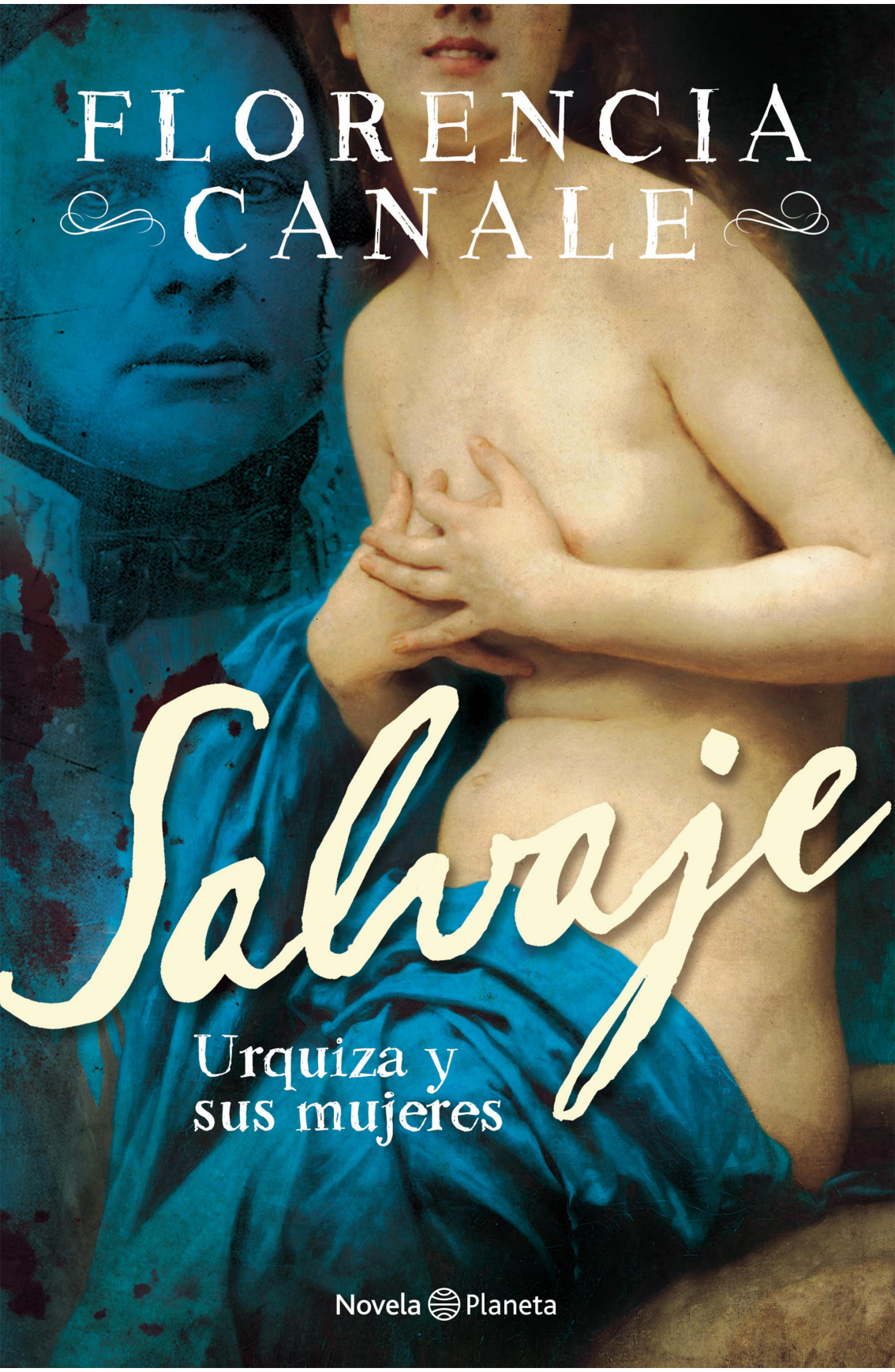




FLORENCIA
CANALE

Salvaje

Urquiza y
sus mujeres

Novela  Planeta

FLORENCIA CANALE

Salvaje

Urquiza y sus mujeres

PRÓLOGO

El cuchicheo se había transformado en grito envalentonado por un lado, y en sollozo teñido de vergüenza por el otro. Cruz ligaba retos como nunca en su vida. Y eso que ya era una mujer en edad de merecer. Sí, había merecido, y parecía que el susodicho era bien conocido en la finca de los López Jordán.

Algunos de los hermanos ocupaban el despacho del Tata muerto, el *pater familias* entrerriano, don Ricardo López. Intentaban guardar las formas y el secreto, pero se les hacía imposible. Los varones la miraban con furia; las mujeres, con algo de consideración. Cruz lloraba. Era pura desmesura.

El pequeño Ricardo jugaba solo en el patio. Estaba acostumbrado a no andar entre otros niños. Por el momento era el único descendiente de la tercera generación de los López y Jordán. Se había agenciado una rama seca y a los gritos le peleaba al aire. Ganaba siempre, como era de esperar. Pero en esta oportunidad, los vozarrones de los adultos lo empujaron fuera de su mundo. Soltó su arma improvisada y, con paso corto, entró en la casa. Los parientes entraban y salían del despacho, aquello parecía una feria. Como quien no quiere la cosa, Ricardo se pegó a los pliegues de la primera falda que vio y así pasó desapercibido. En la inmensa habitación, permaneció paradito contra la pared al lado de una mesa de arrimo. Nadie reparó en su figura.

—Es inentendible, Cruz. ¿Pero no aprendiste nada en

Salvaje

todo este tiempo? Has dejado de ser una niña hace rato —la increpó su hermano Ricardo, el caudillo más importante de la provincia.

El niño miró a su padre, nunca lo había visto tan enojado y no entendía las razones.

—Es preciso que te calmes, Ricardo. No ganas nada, lo hecho, hecho está —intervino Josefa Delgado, su esposa y la madre del niño.

Cruz repasaba unos “perdones”, “él me hizo un juramento”, “ya no me quiere” y unos cuantos balbuceos más. María Teresa, su hermana más próxima, se le acercó y le tomó la mano. La ayudó a sentarse en una de las butacas y se acomodó a su lado. Levantó la mirada hacia el resto y con un relumbrón de sus ojos renegridos —una marca de familia— instó a que la dejaran hacer.

—¿De cuánto está esa tripa, Crucecita?

—Creo que de cuatro meses, Tere.

Todos ojearon la tela clara del vestido que escondía el cuerpo del delito. Era difícil de descubrir, podía estar un poco más gruesa por abusar de los dulces que tanto le gustaban. Pero no.

—Si ya sabías, Cruz. No hay más que escuchar lo que se dice, y hace rato que las habladurías se han confirmado. Ese hombre es un padrillo, mi querida. Y adonde sirve no se arraiga —le dijo María Teresa con voz suave—. Ese Justo no es mi Cipriano. Y parece que en estas cuestiones, de justo poco y nada.

María Teresa se había casado con Cipriano Urquiza, hermano mayor de Justo José, su aliado en la política y en mucho más. Pero el joven Comandante del Departamento de Uruguay se había alzado con una fama que, sin prisa y sin pausa, exponía sin miramientos. Justo José de Urquiza no se detenía

ante nada ni nadie. Y cuando una mujer le hacía frente, se convertía en un semental.

Cruz hipaba y sus labios gruesos apretaban la angustia. Estaba más cerca de aquella cría que pedía socorro a la madre cuando sus hermanos —era la menor de muchos— la fastidiaban con sus bromas.

Ricardito observaba la escena sin entender demasiado. Lo que sí se le hacía evidente era que su tía querida lloraba desconsoladamente. Cruz sufría y a él le pinchaba la panza. Su madre la acariciaba, buscaba consolarla por alguna razón que él no alcanzaba. Su padre, en cambio, echaba fuego por los ojos. Las mujeres la abrazaban, los hombres caminaban el despacho como si quisieran marcar una zanja en el piso embaldosado. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Solitos dejaron caer un agua que le hizo arder las mejillas. Alguien había lastimado a su tía Cruz. No había heridas, no veía la sangre, pero algo le dolía a Crucecita.

El niño tomó aire. En silencio juró que vengaría a su tía, que mataría a quien la había lastimado así, y se escabulló tan sigiloso como había entrado.

PRIMERA PARTE

Los años locos

CAPÍTULO

I

Don Josef de Urquiza había desembarcado en el Río de la Plata desde la Península en 1774, a pocas semanas de cumplir los doce años. Venía de familia pobre vizcaína pero de estirpe; su padre había sido regidor en el Cabildo y a poco se habían hecho del escudo familiar.

Pero las dificultades económicas habían obligado a los padres del joven Josef a subirlo a un barco con destino al puerto de Buenos Aires en busca de mejores horizontes. Allí lo había recibido el hermano de su madre, don Mateo Ramón de Álzaga, y su esposa, quien tiempo después, al enviudar, se había vuelto a casar con su primo don Cornelio Saavedra, el hombre que ocuparía la silla de la presidencia de la Primera Junta.

A los veintiuno, Josef se casó con Cándida García y luego de tres años se trasladaron a la región de Entre Ríos, ya con un vástago a cuestas, Juan José. El joven vizcaíno comenzó a administrar “La Centella”, la estancia de los García de Zúñiga, una de las más importantes familias de la zona. Allí nació el primer hijo entrerriano, Cipriano, y al tiempo, todos se mudaron a Arroyo de la China*. Las cosas comenzaron a ir

* Así se llamaba, en esos tiempos y por el nombre de uno de los arroyos cercanos, a la villa de Nuestra Señora de la Inmaculada Concepción del Uruguay. En 1814, el director supremo Gervasio Posadas la declaró capital de la recién creada provincia de Entre Ríos.

Salvaje

mejor. Trabajaron otro campo, la prosperidad los acompañó y en 1800 designaron a Josef alcalde de la población. Y hubo más. El virrey del Río de la Plata, el marqués de Avilés, lo nombró comandante militar de los Partidos de Entre Ríos, cargo que detentó durante diez años. Sus méritos quedaban demostrados.

Mientras el hombre se dedicaba a la defensa del territorio, doña Cándida traía hijos al mundo. Luego de Cipriano llegaron Matilde, Teresa, José Isidro, Ciriaca, Justo José y Ana, además de los embarazos que no prosperaron.

En 1810, el Cabildo Abierto de la villa del Uruguay convocó a sus hombres a que se adhirieran al movimiento revolucionario que llegaba de Buenos Aires. Corrían nuevos vientos y el ansia libertaria prendía como un mal contagioso. Sin embargo, no todos se plegaban a la revuelta. Así sucedió con Josef Urquiza. Llamado para formar parte de la Asamblea, prefirió tomar otro camino. Renunció a la Comandancia a fines de año y optó por concentrarse en el trabajo de su campo. Pero no todo fue parsimonia bucólica para Urquiza en aquellos tiempos. Desde Montevideo se había enviado una flota realista y, a principios de 1811, el enemigo se apoderaba de Arroyo de la China. Ante la amenaza de la llegada de las tropas patriotas, muchos vecinos del lugar se retiraron con la flotilla española. Uno de ellos fue Josef; otros fueron Narciso Calvento y Agustín de Urdinarraín. Ya en la Banda Oriental, el teniente coronel Urquiza tomó el mando del Regimiento de Emigrados Entrerrianos, en cuyas filas estaban Francisco Ramírez y también Calvento. Al frente de esos hombres estuvo Josef en Montevideo, hasta que, en 1814, el ejército patriota tomó la ciudad.

Regresó a su tierra, pero los acontecimientos políticos volvieron a rozarlo. Su estancia fue arrasada por tropas que respondían a José Gervasio Artigas, el jefe de los Orientales.

Sus tres hijos varones mayores fueron enviados a Buenos Aires a estudiar al Colegio de San Carlos, hasta 1812. Cipriano regresó a Entre Ríos para ayudar a su padre en el trabajo del campo. Juan José, en cambio, prefirió quedarse en Buenos Aires. Por su parte, Justo José, que había nacido el 18 de octubre de 1801, también fue al Colegio entre 1817 y 1818, hasta que la institución suspendió la enseñanza para, ya en tiempos rivadavianos, retomarla como Colegio de Ciencias Morales. El más joven de los Urquiza puso mucho empeño en los estudios. No fue un alumno díscolo ni rebelde, más bien todo lo contrario. En la más absoluta paz, Justo y el resto de su clase aprovechaban la enseñanza prodigada.

En 1819, Justo José emprendió la vuelta al hogar y se instaló en la pujante villa de Arroyo de la China. Con sus jóvenes dieciocho años tuvo claro, desde el primer momento, que quería hacer dinero. Y no se andaba con chiquitas. Soñaba a lo grande, pero no se quedaba en la pura ensoñación sino que iba para adelante como una tromba. Quería todo. Al principio se dedicó a la actividad ganadera. Cuando eso no le fue suficiente, amplió el negocio y con pequeñas embarcaciones empezó a exportar cueros, grasa y carne, para luego volver a venderlos ya manufacturados, desde Buenos Aires.

El trabajo no era lo único para el joven Justo José. También le gustaba pasarla bien. A diferencia de sus amigos, no tomaba vino ni fumaba. Decía que le quitaban el control, prefería sentirse en dominio de sus facultades. Sin embargo, no reprimía los gustos de los demás y disfrutaba de verlos divertirse.

* * *

Salvaje

Era sábado y la plaza de toros se había colmado de parroquianos ávidos por disfrutar del espectáculo. Hasta la Villa se había llegado una pequeña compañía de toreros, que con algo de anuncio previo había logrado que los pobladores se dieran cita en la plaza. Entre el gentío se acomodaron Justo José y Manuel Urdinarrain, hijo del alcalde del Cabildo. Eran grandes amigos a pesar de tener ocupaciones e inquietudes diferentes. El menor de los Urquiza desplegaba todo su talento en el comercio, además de haber sido nombrado notario interino de la parroquia; el mayor de los Urdinarrain era oficial de milicias, y en varias oportunidades había reportado a Pancho Ramírez.

—Desde aquí veremos bien, Manuel —dijo Justo mientras se acomodaba en una silla frente al ruedo.

—No vaya a ser que larguen una manada difícil —intervino Urdinarrain con una sonrisa que achinó sus ojos.

Los muchachos siguieron con una charla de poca importancia que les sacaba una risotada de tanto en tanto. Ellos y el resto de los presentes aguardaban con entusiasmo el comienzo de los toros. Hasta que, envuelto en fanfarrias y con un traje de luces algo desvaído, el torero hizo su entrada. Se quitó el sombrero con ampulosidad, repitió unas cuantas reverencias a diestra y siniestra, y recorrió el redondel con grandes pasos. Debajo de los brillos se adivinaba un buen estado físico. Los hombres esperaban ansiosos la entrada del animal; las mujeres, con mayor o menor disimulo, parapetadas detrás de los abanicos, estudiaban al dedillo el porte del torero.

Se abrió la tranquera y apareció la tromba negra. El torero le clavó la vista y de a poco empezó el baile entre el hombre y la bestia. Algunos zarandeos de capote, varias embestidas al aire y mucho murmullo del público.

—Me aburro, Manuel. Este hombre no sabe hacerle frente al toro. No está a la altura de las circunstancias —los ojos pardos de Justo José brillaron aún más por el rayo de sol que pegaba fuerte.

—Un poco de paciencia, Justo —lo instó su amigo.

Pero como con el ímpetu de carácter que sus íntimos ya le conocían, sin mediar palabra Justo José saltó de entre los espectadores, tomó una manta que descansaba sobre la tierra y una banderilla, y avanzó con decisión hacia el toro. La multitud arengó la bravura del joven y esperó con avidez que el enfrentamiento le saciara el hambre de emociones fuertes.

Justo José se lució, hizo prodigiosas fintas con el instrumental de faena y despertó el aplauso cerrado del público. Los hombres admiraron su atrevimiento, las mujeres expusieron su entusiasmo sin pudor. Urquiza sonrió agradecido, se secó el sudor de la frente con la manga de la camisa blanca y miró en derredor. Sus ojos se detuvieron en la expresión de una muchacha de melena oscura y vestido claro. Su mirada fue una invitación y Justo tomó el guante. Galante, le ofreció la banderilla y la joven la aceptó. Con los colores subidos, ella se quitó el clavel carmesí de la oreja, lo detuvo unos segundos sobre sus labios y se lo extendió. La muchedumbre cuchicheaba: el menor de los Urquiza seducía sin el más mínimo recato. La señorita se dejaba hacer y retrucaba. ¡A ojos de todos!

CAPÍTULO

II

Encarnación anunciaba su letargo con movimientos displicentes de abanico. Era marzo y lo peor del verano había quedado atrás, pero le gustaba jugar con las varillas engarzadas en el encaje. Aunque no se moviera ni una gota de aire, disfrutaba del zarandeo acompasado de su mano izquierda.

Sentada con algunas amigas en el patio de la casa de un familiar, tomaban mate, comían bollos y conversaban como si fuera la última vez. Siempre era así: se interrumpían unas a otras, se superponían... Cualquier mortal quedaría fuera del hilo de la charla, pero no era el caso de las cuatro jóvenes. Largaban su perorata y al mismo tiempo escuchaban el borbotón de voces al unísono, con entusiasmo siempre renovado.

—Raro que en esta oportunidad tu voz cantarina brille por su más que evidente ausencia, Encarna —la azuzó Maruja mientras buscaba el bollo más azucarado.

Encarnación regresó de su estado de ensoñación y probó con una sonrisa. La Díez, como le decían algunos, era una profesional de la seducción. Portadora de una belleza que dejaba sin aliento a más de uno, suspiró para tomar envión.

—Me encuentro algo cansada. Hace noches que no duermo bien, algo me inquieta —dijo mientras enroscaba un rizo negro en su dedo.

—¿Pasó algo? —preguntó Gregoria con alarma en los ojos.

Salvaje

—No exageres, mujer. Si no es para tanto —la paró en seco Encarnación—. ¿Será que ando mal de amores?

La muchachita volvió a suspirar y el resto puso su atención en ella. Había logrado su cometido.

—¿Qué sucedió con José? —Narcisa, la más joven del grupo, disparó la pregunta.

—¿De qué José hablas? —Encarnación miró a su amiga con gesto impaciente.

—El soldado con el que conversabas a la vera del río, la otra semana.

—Pero, Narcisa, ese es cuento viejo y no eres precisa con el tiempo. Han pasado más días de aquello —y volvió a suspirar.

—Acabemos con el lamento, Encarna, y vamos al grano —interrumpió Gregoria, harta de las vueltas.

—Hace cuatro días conocí a un hombre deslumbrante. Él sí que ha sabido cómo tratarme. Un auténtico caballero, no como los otros —confesó Encarna con la vista perdida.

Sus amigas ahogaron un grito de excitación y pidieron más detalles. Entre rodeos, Encarnación agregó datos del romance. De cualquier modo, las muchachas conocían de memoria a Encarnación Díez. Se prendaba de un caballero, se ilusionaba y, al poco tiempo, pasaba a ser un perfecto desconocido, casi una bazofia humana. No conocía de pudores y en el pueblo circulaba el rumor de que trocaba amoríos por monedas. Transacción comercial o entrega apasionada, a ella parecían importarle poco las habladurías. No daba explicaciones a nadie; tampoco se las pedían y, si así hubiera ocurrido, su carácter fuerte habría dado cuenta del atrevido. Se sentía una princesa, aunque estaba bien lejos de serlo.

—¿Y cuál es la gracia del caballero andante? —interrogó Maruja, curiosa.

—Se llama Lautaro y es tan apuesto, mis queridas... No creo haber conocido nada igual.

Las cuatro amigas largaron carcajadas a lo loco. Eran cómplices en sus aventuras con el sexo opuesto y se contaban todo, algunas incluso detalles llenos de impudicia.

Encarnación aceptó el mate que le ofreció Gregoria con un suspiro. A veces se sentía incomprendida por los hombres. Le decían una cosa, luego hacían otra. Prometían el oro y el moro, y después burlaban el juramento. Cuando sus amigas intentaban calmar su decepción y le aconsejaban prudencia en el futuro, ella respondía con su frase de cabecera: “Es que tengo mucho amor para dar”. Parecía que no existía un freno adecuado para semejante ímpetu.

* * *

Don Josef hacía que revolvía papeles, como si anduviera en busca de un documento en el que se le fuera la vida. Doña Cándida, desconfiada, no le perdía pisada.

—¿Qué haces todavía en casa? Raras horas para tenerte por aquí —lo increpó la señora a la espera de sus razones.

—No encuentro unas anotaciones vitales, mi querida —respondió Josef evitando su mirada.

Cándida le clavó los ojos y colocó las manos en su cintura. Su marido era un pésimo embustero; no solía esconder las verdades pero, cuando lo intentaba, hacía agua. Miraba hacia otro lado, se rascaba la coronilla, se hacía el que pensaba. Era pésimo mintiendo, parecía un crío de tres años. Retobada como pocas, Cándida no tenía intención de retirarse del despacho de su marido sin conocer los motivos de tantas vueltas.

—Mis hijos, ¿en qué andan, ya han salido? —preguntó Josef.

Salvaje

—¿A cuáles te refieres, querido? —apuró Cándida—. Somos tantos en esta casa...

El sonido de unas botas contra el piso los sacó de la charla. Josef apuró el paso hasta el umbral de la puerta. Justo José salía de su alcoba mientras terminaba de acomodarse el cuello de la camisa. Josef le hizo un gesto ínfimo con la cabeza y lo invitó a entrar. Al mismo tiempo, miró a su mujer como ordenando una inmediata retirada. Sin chistar, Cándida obedeció.

—Pasa y cierra, Justo —dijo Josef y se dirigió a la otra punta de su despacho.

—¿Sucedió algo? No me intranquilece, padre, que de sobresaltos estoy hasta la coronilla —dijo Justo sin quitarle los ojos de encima—. ¿Le ocurrió algo a Cipriano?

Su hermano le llevaba doce años pero la relación entre ambos era muy estrecha. Desde que Cipriano había empezado a trabajar codo a codo con el caudillo Ramírez, lo veía poco y nada y no encontraba a quién confesarle sus cuitas. Sus padres estaban repletos de preocupaciones y no quería agregarles las suyas.

—No, m'hijo. Nada que ver, Cipriano ocupa sus funciones como debe, es un hijo que no trae problemas.

Justo miró fijo a su padre. Aflojó la mandíbula y esperó que largara lo que le quería decir. Tardaba y a él se le hacía interminable la espera. Quería salir, tenía asuntos urgentes que atender.

—¿Entonces, puedo retirarme? —preguntó sin disimular el fastidio.

—No, más vale calmar esa impaciencia. Me han llegado algunos reportes que me han intranquilizado, m'hijo —empezó don Josef—. Y de más está decir que no quiero que lleguen a oídos de tu madre.

Justo José abrió los ojos aún más. No tenía ni la más remota idea de a qué se refería su padre.

—Me han dicho que andas alborotado por ahí. Que has perdido la templanza que con tanto esmero les hemos transmitido tu madre y yo. Moderación y austeridad higiénica en la vida son premisas ineludibles para una persona de bien, y lo sabes

—Josef levantó la mano y detuvo el ansia de interrumpir de su hijo—. Quiero creer que es la edad, aunque yo a la tuya ya estaba a poco de casarme con tu madre. A los dieciocho años ya es hora de que mires con claridad hacia adelante.

—No sé qué le han dicho, padre —murmuró el joven.

—Que andas desbocado como caballo salvaje, que ni para un respiro te detienes, que no sabes de cortejos, que cualquier mujer te da igual.

Justo bajó la mirada. Quería ocultar la furia y la vergüenza que le daban las palabras de su padre. No quería inquietarlo, y mucho menos a su madre. Tomó aire para calmar el afán de salir a buscar a los infidentes y darles una lección.

—Me gustan las mujeres, padre.

—¿Y a quién no? Pero las formas se cuidan, m'hijo, ¿qué es este descontrol? Hasta algún cachetazo has ligado, según me han dicho. Se acabó, no puedes hacerle esto a la familia, Justo.

El joven pasó su mano por la melena negra y buscó una respuesta convincente, pero le fue imposible. No tenía nada para decir, no encontraba las palabras.

—Una lástima estar en boca de todos, y encima por esto. Pero ya le he encontrado una solución con tu hermano Cipriano. Se ocupó de encontrar el rancho, la señorita apropiada y aquí no habrá pasado nada —sentenció Josef con la tranquilidad de la tarea cumplida.

Salvaje

Justo quiso replicar pero percibió que sería imposible contradecir a su padre. Un halo de ternura lo invadió. Sabía que su padre tenía razón. Hacía rato que, escondido detrás de una fachada de muchacho común y corriente, trotaba de monta en monta, y no precisamente ecuestre.

—Haré lo que usted me diga —dijo Justo y se incorporó; se le hacía tarde.

—Y, sobre todo, que tu madre no se entere de nada. Ni una palabra.

—Jamás se me ocurriría hablar donde no debo, padre.

Pegó media vuelta y encaró hacia la puerta. El paso fuerte y seguro de Justo José advirtió en el pasillo que en segundos saldría del despacho, justo a tiempo para que la sombra de Cándida desapareciera dentro de la habitación contigua.

* * *

Encarnación aguardaba en el rancho, como cada vez que convenía una cita con un representante del sexo fuerte. Había llegado con tiempo, pero los minutos se hacían eternos como nunca. Estaba impaciente, no le gustaba esperar, sobre todo a un hombre que desconocía.

Entró al cuarto por décima vez y lo recorrió con la mirada. Volvió a acomodar las cobijas sobre el catre que ocupaba una de las esquinas. Chequeó el agua en la vasija de loza, acercó su cara al violetero colmado de lavandas y aspiró su fragancia. La pieza era chica, pero Encarnación se ocupaba de que estuviera siempre limpia y ordenada.

De repente, un aplauso seco la arrancó de los quehaceres. Acarició la falda con las manos para estirar cualquier arruga caprichosa, humedeció sus labios con la lengua, tomó

aire y caminó hasta la puerta. Allí, del otro lado y vestidos de azul oscuro, se encontraban dos caballeros de gesto seguro.

—Buenas tardes, señores —sonrió, seductora.

—Buenas y santas, Encarnación —la saludó Cipriano.

Los hermanos Urquiza habían llegado juntos hasta el rancho de la joven. Todo había sido combinado días atrás. Cipriano la había contactado cumpliendo el requerimiento de su padre, y pactado el sitio y el día del encuentro. Justo José franqueó la puerta mientras Encarnación y su hermano arreglaban la transacción. Cipriano le hizo entrega de unas cuantas monedas para luego montar su caballo y retirarse al trote.

—Eres guapo, Justo —susurró Encarnación cuando estuvieron a solas.

—La guapa eres tú, mujer —dijo Urquiza y permaneció sentado, en completo dominio de sí.

La muchacha se quedó mirándolo un rato largo. Le habían dicho que el hombre en cuestión era joven e inexperto. Pero había algo que la descolocaba. El Urquiza que tenía a pocos pasos no le parecía un principiante, y si así era, lo disimulaba más que bien. Le habían contado que tenía dieciocho años; así sería, pero de novato en esas lides no le veía nada.

Se le acercó con paso lento, se detuvo muy cerca, casi rozándole las piernas macizas despatarradas sobre la silla. Lo rodeó despacio, como si buscara retardar la marcha, hasta que Justo estiró el brazo y con la mano apretó fuerte el muslo cubierto por la falda. Encarnación contuvo el aire. Bajó la mirada hacia su pierna y luego la detuvo en los ojos verdosos de Justo José. Entreabrió los labios apenas, como invitándolo a que siguiera. Le costaba entender lo que sucedía. El hermano de ese hombre que le apretaba la carne cada vez con

Salvaje

más fuerza le había dicho que Justo era un novato, que necesitaban adiestrarlo en las cuestiones del apareamiento, que andaba dando vergüenza por ahí, que su padre había querido poner las cosas en su lugar porque un Urquiza debía dar el ejemplo, y una sarta de argumentos que ella había dejado de escuchar: nada le interesaba menos que los honores de vaya uno a saber quién.

Esa mano no era la de un aprendiz, ella sabía bien e intuía mejor. Justo José la atrajo hacia sí y en un abrir y cerrar de ojos bajó la mano hasta el ruedo de la falda y volvió a reptar hacia el mismo sitio ya sin telas de por medio. La piel de Encarnación lo obligaba a seguir.

—Pero miren al principiante —susurró Encarnación.

—¿Quién te dijo semejante despropósito? —masculló Justo y la tironeó hasta sentarla a horcajadas sobre sus piernas—. No creas todo lo que te dicen, mujer.

Le tapó la boca con la mano, con la otra se desabotonó el pantalón y sacó de en medio todo lo que estaba de más. Encarnación quiso aullar pero tuvo que tragarse los gritos; quiso quitarse la ropa pero él se lo impidió. La urgencia del deseo le ganó a la transpiración de los cuerpos, hasta que la cadencia empezó a amainar, las manos de Justo José aflojaron la presión y la respiración de ambos volvió a acomodarse, como si regresaran de la pérdida de la conciencia, del abismo y la desintegración. Encarnación se dejó caer sobre el pecho de Justo José y ahí permaneció, con los ojos cerrados y queriendo guardar para siempre el olor a hombre que tenía pegado contra su nariz y su boca.

—Debo irme —murmuró Urquiza.

—No te vayas, quédate conmigo —imploró la muchacha.

—Me gustaría, pero no puedo.

—¿Qué puede ser más importante que yo?

—Tengo cosas que hacer —la acarició de arriba abajo otra vez y con firmeza se la despegó del cuerpo.

Encarnación hizo fuerza con las piernas, no quería salir, quería quedarse ahí para siempre. Pero el joven era más fuerte y en un segundo se la quitó de encima.

—Que salga ahora no significa que no vuelva, mujer. Cambia esa cara, eres demasiado bonita para que me muestres esta —y le acarició la mejilla.

Encarnación se acomodó la falda y le sonrió. Puso una mano sobre la cintura y lo miró desafiante.

—No me hagas esperar, Justo, que no me gusta. Y esto es entre tú y yo, tu familia queda afuera. No los necesito, tú menos —lo acompañó hasta la salida, le lamió la boca, pegó la vuelta y desapareció detrás de la puerta.

* * *

Hacía tiempo que las provincias litorales mostraban su descontento con la centralista Buenos Aires. Entre Ríos era una de las elegidas —al igual que Santa Fe, Corrientes, Misiones y la Banda Oriental— al momento de la invasión permanente de tropas enviadas por el gobierno porteño. Las guerras civiles eran constantes a lo largo y a lo ancho del territorio, y los ríos de sangre anegaban los campos de batalla.

El 25 de mayo de 1819 entró en vigencia la Constitución aprobada en el Congreso de Tucumán luego de la declaración de la Independencia, que se había llevado a cabo hacía ya tres años. Como era de esperar, Buenos Aires recibió la Carta Magna con enorme entusiasmo. No sucedió lo mismo con el resto de las provincias. El Litoral acusaba a los constituyentes de haber sido parciales en la confección del

Salvaje

documento. Todos los beneficios recaían en la capital; para el resto, migajas. El Congreso había sido centralista; el federalismo tenía poca voz, a pesar del respaldo que había ganado en las provincias.

Transcurrieron los meses entre discusiones, reclamos y conspiraciones de todos los colores. Las provincias perdieron el poco afecto que aún les quedaba por Buenos Aires. Ramírez y López vieron llegada la hora de deshacerse del Director porteño, que entonces ejercía José Rondeau.

Luego de algunas escaramuzas entre unos y otros, el ejército que respondía a Rondeau invadió el borde sur de Santa Fe, la Cañada de Cepeda, antes de que los federales se llegaran hasta Buenos Aires. Quisieron ganarles de mano y allí, agazapados, aguardaron al enemigo.

A las ocho y media de la ya calurosa mañana del 1 de febrero, el ejército federal liderado por Pancho Ramírez cruzó la cañada al galope. El entrerriano era famoso por su superioridad en el campo de batalla y se había dividido las potestades con el santafesino López. La estampida de cascos sobre la tierra, el polvo que velaba todo y la sorpresa ante lo intempestivo del accionar enemigo paralizaron a la tropa centralista, que no llegó a girar para responder al ataque que les caía desde atrás. Los hombres corrían entre los cañones y los carros como una manada asustada, mientras la estridencia de los tiros aceleraba los corazones. La contienda duró poco más de diez minutos, los hombres a caballo metieron pies en polvorosa y huyeron despavoridos. El resto de la tropa tuvo que replegarse hacia San Nicolás de los Arroyos, a orillas del Paraná, donde los aguardaba el barco que los llevaría de regreso a Buenos Aires.

El norte del territorio bonaerense fue invadido por los caudillos federales. El caos era tal que el director supremo

debió renunciar el 11 de febrero y el Congreso Nacional se disolvió. Así comenzaron las autonomías provinciales. Desde ese momento, cada caudillo gobernaría su región, y en el mejor de los casos establecería alianzas con otros caudillos para sumar poder.

* * *

Entre Ríos estaba convulsionada. Vivía tiempos de gran exaltación, seguidos de silencios aterradores. Manuel Urdinarrain, el amigo de Justo José, había formado parte del ejército de Francisco Ramírez en Cepeda. Su desempeño había sido tan destacado que el caudillo lo había elegido para que llevara adelante la imposición de deponer a Rondeau y al Cabildo de Buenos Aires. Antes de partir, se reunió con el joven Urquiza.

—Parto, mi querido amigo —anunció Manuel, con una sonrisa que mostraba sus dientes blancos.

—¿Cuándo estarás de vuelta?

—Sólo sé cuándo me voy; del regreso no se habla ni se cuestiona. Así es el deber —respondió, convencido de su rol.

—Lo sé, traes a mi memoria los tiempos en que mi padre se despedía y no sabíamos si volvería. Fueron años de zozobra constante —Justo José recordó cuando Josef había cruzado de orilla para salvar el pellejo de las huestes criollas. El hombre era un godo* de ley y no había temido exponerlo a los cuatro vientos, aun a costa de tener que escapar.

—Tampoco termina aquí la obligación, Justo. Quienes confiamos en la causa, los que creemos en el jefe, entregamos

* Así se les decía a los realistas, a los españoles durante la década de 1810.

Salvaje

la vida. Empiezo a verte con ganas de participar —lo provocó Manuel y le guiñó el ojo.

La carcajada inundó el patio. Los muchachos no estaban tristes ni mucho menos. Sabían que se reencontrarían. Urdinarrain cumpliría las órdenes y luego estaría de regreso. No era una partida sin retorno. Manuel controló su alforja por segunda vez, quería estar seguro de que no olvidaba nada. Afuera esperaban los caballos junto a otro soldado que sería de la partida.

—No te olvides que tengo un hermano que ya está en esas lides. No pelea, pero defiende con sus ideas a Ramírez. Está en el gobierno, Manolo. La inocencia no es una práctica posible en esta familia. A mí no me ha llegado el tiempo, tal vez. Pero ¿quién te dice? No es bueno ser tan categórico —dijo Urquiza, y le contestó con otro guiño.

Los amigos se fundieron en un abrazo. Manuel partió con el cuerpo erguido y el paso firme. Justo José lo persiguió con la mirada y allí se quedó, como a la espera de algo. Durante unos minutos que parecieron eternos se perdió en sus pensamientos. La política comenzaba a dejar de ser algo lejano para él. Había algo allí que lo inquietaba y no sabía bien qué era.